

MISA CELEBRADA EN LA CATEDRAL DE ST. MARY

Miami, 27 de mayo de 1995

En la Fiesta de la Ascensión del Señor, que la Iglesia celebra desde las vísperas de este domingo VII de Pascua, Dios me concede la alegría de poder concelebrar la Santa Eucaristía con mis hermanos el Sr. Arzobispo de Miami Mons. John Clement Favarola, su obispo auxiliar Mons. Agustín Román y con tantos hermanos en el sacerdocio, muchos de ellos cubanos, algunos amigos de muchos años, otros a quienes no he tenido la oportunidad de tratar con frecuencia; sobre todo aquellos que sintieron el llamado del Señor en estas tierras y aquí lo sirven, pero unidos todos por entrañables lazos de fraternidad que se anudan en Cristo, verdadero, eterno y único sacerdote.

La presencia de religiosos y religiosas entre ustedes, quienes enriquecen la Iglesia con sus carismas propios, es para mí motivo de gratitud, por el significado de la vida consagrada para la comunidad eclesial y porque algunas de las congregaciones presentes hoy aquí han trabajado o trabajan en Cuba.

Están también los diáconos, sus esposas, sus familias, que prestan un inestimable servicio a la comunidad cristiana y agradezco de veras su participación. La presencia de los laicos que integran diversos movimientos, algunos de los cuales desarrollan su acción en Cuba, como el Movimiento Familiar Cristiano, el de la Renovación en el espíritu y otros, me llena también de regocijo.

Quiero saludar de modo especial a los hermanos de las diversas confesiones cristianas a quienes nos une un particular afecto en Cristo Jesús y a los hermanos del pueblo de la Promesa y de la Alianza, hermanos hebreos que comparten también con nosotros esta oración de alabanza al único Dios de cielo y tierra. Agradezco vivamente la presencia de todos. aquí hay seguramente católicos de La Habana, de Matanzas, de Pinar, de Camagüey, de Holguín, de Santiago de Cuba, de Santa Clara o de Cienfuegos.

Hay muchos lazos particulares que nos estrechan a todos; además de nuestra fe común en Dios. Son los lazos del recuerdo, del amor, o incluso de la cercanía o de la simpatía por nuestra tierra. En este día, ella nos convoca de manera especial.

Sirve de vía propicia para esta convocación el hecho de que el Papa Juan Pablo II haya decidido otorgar a nuestra Iglesia en Cuba el alto honor de estar representada en el Colegio de Cardenales por el Arzobispo de La Habana y que este tenga la magnífica oportunidad de visitarlos.

Desde el momento en que el Santo Padre me incorporó al Sacro Colegio, me propuse visitar las diócesis de Cuba y también a los católicos cubanos que residen fuera de nuestro país. Este proyecto fue recibido con calor por mis hermanos obispos de los lugares donde se asientan grandes núcleos de cubanos y, gracias a su acogida y sus cuidados en preparar un programa para el muy poco tiempo disponible, tengo yo la posibilidad de estar aquí y de brindarles también a ustedes la ocasión de un encuentro diferente. Diferente por las motivaciones de mi visita y por las razones de la presencia de ustedes en esta Eucaristía.

Hacia ya 31 años que Cuba no tenía un Cardenal. La designación de un Cardenal Cubano llega en los momentos en que la Iglesia de Cuba vive, como don maravilloso del Señor, una eclosión de fe en nuestro pueblo. Lo llamo don de Dios porque ninguno de los condicionamientos que tiene la Iglesia para su acción pastoral en Cuba ha cambiado sustancialmente en estos últimos años. Por ejemplo, no hubo más posibilidades de

comunicar el mensaje de Cristo a nuestro pueblo pues no se ha producido un acceso a los medios de comunicación social ni mucho menos a las escuelas primarias u otros centros de enseñanza; pero ha aumentado de manera notoria la receptividad de los cubanos al mensaje del Evangelio y existe una búsqueda de verdad, de amor, de valores espirituales, una auténtica sed de Dios, que lleva a muchos a retornar a la fe. Otros encuentran, por vez primera en sus vidas, al Señor Jesús que les sale al paso para colmar el vacío existencial que llevaban en sus corazones y que tantos experimentan. Entre estos descuellan los jóvenes, por su número y por la calidad de su andadura espiritual.

La nuestra en Cuba es una Iglesia de reconciliados, de conversos, de catecúmenos que hacen el aprendizaje del amor cristiano. Una Iglesia de pocos medios, que vive lo esencial, que tiene que cumplir el mandato misionero de Jesús, yendo literalmente a anunciar al Señor a todos los cubanos, llamando a cada puerta, a cada corazón, para responder así a los apremiantes reclamos de tantos hermanos nuestros. Esto lo hacemos con muy pocos sacerdotes, diáconos, religiosas y con la participación de un buen número de laicos en la acción pastoral. Es una Iglesia desbordada en su misión de sembrar paz y amor en las almas de muchos de nuestros compatriotas.

Esa Iglesia, con sus características de fidelidad al Señor y al Vicario de Cristo en la tierra, de unidad entre obispos, sacerdotes y fieles, capaz de acoger al que retorna maltrecho y arrepentido a su seno materno, servidora en el amor de los necesitados que llaman a su puerta, sean quienes sean, anunciadora de una buena noticia que lleva luz y esperanza a nuestros hermanos, una Iglesia así es la que el Papa Juan Pablo II quiso enaltecer al nombrar un cardenal cubano. A dondequiera que voy me siento, pues, representante de esa Iglesia que llama, que congrega, que une alrededor de Cristo y su Vicario y de los pastores del rebaño del Señor, a todos nuestros hermanos que buscan en sus vidas caminos de fe y esperanza.

Por esto me propuse visitarlos desde el momento mismo de mi investidura cardenalicia, pues estoy convencido en el Señor que esa misma acción convocadora, congregante, generadora de unidad y ciertamente reconciliadora, debe alcanzar a todos los cubanos creyentes en Cristo en cualquier sitio que se encuentren.

¿No es esa justamente la palabra diferente que tiene que decir la Iglesia al mundo? Jesucristo debe salir con su mensaje al encuentro del hombre actual como acontecimiento novedoso. Es lo que el Papa Juan Pablo II llama en su exhortación postsinodal «*Christifideles laici*» la novedad cristiana.

¿En qué consiste esa irrupción novedosa de la persona de Jesús en la vida de los pueblos? En la posibilidad de acoger un mensaje que pueda transformar la vida de los hombres. Los hombres han estructurado sistemas políticos, sociales y económicos de contornos definidos y a veces antagónicos. El más reciente de los choques de sistemas ha sido entre el comunismo y el capitalismo. Una vez que se produjo la debacle del llamado «socialismo real» emerge triunfante, como un estilo global en la gestión económica internacional y al interior de las naciones, la economía de mercado. Sin embargo, en su encíclica «*Centesimus annus*» en la cual el Santo Padre describe los males del ateísmo marxista, el Papa Juan Pablo II pone a las naciones y hombres públicos en guardia frente al riesgo de confiar el progreso de la humanidad únicamente a las leyes ciegas del mercado, sin ningún tipo de control sobre sus mecanismos, lo cual puede crear situaciones de miseria y opresión en los sectores más desfavorecidos de la población.

El razonamiento de algunos que reaccionaron desfavorablemente a este llamado del Santo Padre fue que la Iglesia criticó el comunismo y ahora criticaba la economía de

mercado, ¿cuál es entonces la propuesta del Papa? La Iglesia no es una simple opositora del comunismo, la Iglesia no es tampoco una simple aliada de la economía liberal de mercado. Pero la Iglesia no está tampoco en el medio de esas dos concepciones extremas, ofreciendo su propio sistema, porque el Evangelio de Jesucristo, su mensaje salvador a los hombres, no se ubica en el mismo plano donde se enfrentan o se alían los sistemas humanos.

La Iglesia es depositaria e intérprete de la Palabra de Dios y su actuación se sitúa en la conciencia del hombre a quien se dirige para recordarle que en el mundo que le ha sido confiado por el creador para que, como rey de la creación, someta a su inteligencia y voluntad *«las aves del cielo, los peces del mar y todo lo que vive sobre la tierra»* él no tiene un dominio absoluto, sino subordinado a su Dios y Señor. Este amoroso dominio de Dios incluye la primacía de la ley del amor al prójimo explicitada de modo admirable por Jesucristo. Si el hombre responde éticamente al llamado de la Iglesia, a través de una acción humana y cristiana animada por el Evangelio, puede temperar las medidas extremas, teniendo en cuenta siempre al más desvalido y sin olvidar la dignidad intrínseca de la persona humana.

Esta voz de Dios debe ser escuchada personal y colectivamente para que el mandato supremo del amor triunfe, pues, de no ser así, la humanidad, arrastrada por el pecado, subvierte el plan establecido por Dios nuestro Padre y nacerán entonces la arbitrariedades, y el hermano odiará a su hermano, Caín matará a Abel, y se «venderá al pobre por un par de sandalias», al decir del profeta Amós.

Esa fue precisamente la lucha de los profetas en Israel: hablar de parte de Dios a las conciencias de los hombres para que cambien su comportamiento, no solo en lo personal individual, sino de cara a la comunidad donde viven. Esa es la misión profética de la Iglesia, la que Ella debe cumplir bajo cualquier sistema, la que tantos sufrimientos le ha traído en los países comunistas, la que tanta oposición o crítica le acarrea en muchos países democráticos, cuando defiende la vida y se opone al aborto, al hedonismo o a la eutanasia. Este es el verdadero enfrentamiento, no entre la Iglesia y tal o cual teoría económica o sistema político, sino entre el mensaje de Jesucristo que viene de lo alto y lo que el evangelista San Juan llama el espíritu del mundo.

«Ustedes no son del mundo» (Jn 15, 19) –dice Jesús–, «si fueran del mundo, el mundo amaría lo suyo, pero, porque no son del mundo, sino que yo los escogí del mundo, por eso el mundo los aborrece... Si el mundo los aborrece, sepan que me aborreció a mí primero».

¿Cuál es ese mundo del cual habla Jesús? Porque hay un mundo por el cual Cristo da la vida. *«Tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo para que el mundo se salve por Él.»*

El mundo con el cual no puede pactar el cristiano es el mundo del poder, de las fuerzas ciegas del dinero, del disfrute sin límites del placer, de la utilización del prójimo como un instrumento. Es, en fin, el mundo del pecado, que se cierra a la acción de Dios.

¡Cuán desafiante es ese mundo ambiguo para el cristiano! Hoy, en la fiesta de la Ascensión, ¡qué gran tentación de quedarnos plantados mirando al cielo!, sin intervenir en esa lucha, que nos atemoriza a veces, entre el mundo iluminado por la luz de Cristo, *«Yo soy la luz del mundo»* y ese otro mundo de tinieblas marcado por el mal, que no reconoce a su salvador. *«Vino a los suyos y los suyos no lo conocieron».* Con qué prontitud olvidamos aquellas palabras definitivas de Jesús: *«No teman, yo he vencido al mundo».*

La indecisión para optar claramente por el mundo iluminado por Cristo, al que hay que salvar y no condenar, frente al mundo circunscrito a «este mundo» produce en nosotros la tibieza, la incapacidad para aceptar el espíritu del Evangelio, que contiene como ley nueva y fundamental ese amor incondicional que pide Jesús a los suyos.

Podemos imaginar el estado de ánimo en que muchos seres humanos, incluso algunos discípulos de Jesús, escuchan esta palabra del Señor: *«ama a tu enemigo, reza por quien te persigue, para que seas hijo del Padre celestial, que hace salir todos los días el sol para buenos y malos y manda la lluvia a santos y pecadores. Porque si ustedes aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? eso lo hacen también los malos»*. He ahí la novedad cristiana, lo que hace la diferencia. Este es el verdadero antagonismo entre el pecado y la virtud, entre el amor y el odio, entre el bien y el mal. Ante una palabra como esta de Jesús, que es la invitación más desconcertante que Él nos dirige: *«al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra»* reaccionarán de modo muy parecido un marxista leninista y un hombre de negocios de convicciones democráticas y librepensador: ambos coincidirán en rechazar ese estilo como inaceptable, propio de tontos o de débiles. *«Aquel día se pusieron de acuerdo Herodes y Pilato»*, dice el Santo Evangelio cuando relata la pasión de Jesús.

Sólo quien cree en Jesucristo, Hijo de Dios, y lo ama, puede aceptar ese reto. Sí, esta es la novedad desestabilizante del cristianismo cuando se vive a fondo. De este modo, tú mismo quedas desestabilizado por Jesucristo en tus falsas seguridades, hechas de fuerza y de poder, y desarmas a la vez al adversario, que se queda sin enemigo, que se da cuenta de que él mismo se envilece si sigue golpeando a quien le presenta el otro lado de su rostro.

Cuba tiene la dicha, que es la de muy pocos pueblos, de que el hombre que resume el pensamiento de nuestros próceres, aportándole su idea luminosa para hacerlo el ideario fundante de la Patria, nuestro José Martí, haya puesto el amor como centro y cima de su obra patriótica. Martí desechó el odio como fuerza negativa y su pensamiento, de indiscutible matriz cristiana, tiene su expresión privilegiada en el más sencillo y profundo de sus versos, *«cultivo una rosa blanca en junio como en enero, para el amigo sincero que me da su mano franca»* Hasta aquí esto hubiera podido decirlo cualquier otro poeta.

Lo que sí es diferente y sabe a redención, a amor sufrido, a perdón, a Evangelio son los versos que siguen: *«y para el cruel que me arranca el corazón con que vivo cardo ni oruga cultivo, cultivo una rosa blanca»*. Esta es nuestra gloriosa versión cubana de *«poner la otra mejilla»*.

Siempre ha hecho falta valentía para seguir este camino, en la Cuba de antes y en la Cuba de ahora, pero también aquí y dondequiera que el creyente en Jesucristo tome en serio el Evangelio y se decida a vivir su fe cristiana.

Esa valentía es la que nos hace conquistar la libertad, la verdadera libertad interior, la de los hijos de Dios, que se afianza en la Palabra de Cristo y en la verdad. Jesús decía a los judíos que habían creído en él: *«Si permanecen en mi palabra, serán de veras discípulos míos y conocerán la verdad y la verdad los hará libres»* (Jn 8, 31-32).

Y cuánto necesitamos los cubanos esa libertad que no se alcanza por vivir en un sitio o en otro, sino por vivir en Cristo y en la verdad.

Permítanme que les narre una historia real de pocos años atrás que me fue contada en Roma por un predicador europeo que dirigía un retiro a hombres jóvenes hispanos en la zona de New York.

Este Padre tiene una forma muy dinámica para hacer que los jóvenes reflexionen sobre su vida, siguiendo la palabra de Dios. No les da una charla, sino les manda a leer un pasaje de la Biblia y a descubrir en él lo que Dios les quiere decir según alguna pregunta que el sacerdote les ha entregado. Cada joven irá a ver privadamente al Padre y conversará con él de su respuesta.

Había en aquel retiro unos veinte jóvenes de distintos países de América Latina. Entre ellos, había un cubano. El predicador les mandó leer el relato del Éxodo, la liberación del pueblo hebreo que Dios hizo por medio de Moisés cuando los sacó de Egipto, La pregunta que todos personalmente, después de media hora de reflexión, debían contestar, era: ¿de qué tengo yo que dejarme liberar por Dios?

Pasado el tiempo reglamentario, todos fueron a comentar sus respuestas con el sacerdote: uno habló de su egoísmo, que lo tenía aprisionado, otro del sexo, dos o más del alcohol, alguno mencionó la droga, otro su exagerada afición por el deporte que le hacía perder la Misa del domingo.

Le llegó el turno a nuestro cubanito y... nada, él, gracias a Dios, estaba en Cuba y sus padres lucharon mucho por salir y ya hacía ocho años que estaba aquí, por lo tanto está liberado. El predicador quedó muy impactado de esta respuesta y por eso me la refería detalladamente. ¿No será este un joven emblemático de muchos otros jóvenes cubanos de aquí y de Cuba y aun de muchos cubanos de cualquier edad?

¿Ha conquistado la verdadera libertad, la libertad propia de los hijos de Dios el que la hace depender solamente de las condiciones externas, sin que repare en lo que le atenaza el propio corazón?, ¿es –por ejemplo– libre el que odia?

Esta es una de las grandes tareas que los cristianos cubanos de Cuba y de acá debemos emprender juntos: encontrar en la palabra de Jesús y en su verdad la libertad interior que nos haga transitar unidos por los caminos del amor y la reconciliación, alumbrando, en medio del propio peregrinar de nuestro pueblo, allá y aquí, destellos ciertos de esperanza.

Cuba necesita del abrazo fraterno de los cristianos cubanos, que sea como fermento de reconciliación y anuncio de paz en el seno de nuestro pueblo de los dos lados del estrecho floridano. La misión de la Iglesia es propiciar ese abrazo, anhelar el reencuentro y suplicarlo día a día al Señor.

Esta celebración diferente, donde Cristo resucitado nos ha salido al paso, como en cada Pascua y, antes de ascender a los cielos, nos confió la misión de ser portadores de una buena noticia a todos los hombres, debe afianzarnos en esas propuestas exclusivamente cristianas, que no tienen que ver con los falsos valores del mundo, que se asientan en la Palabra de Jesús y en la verdad y que nos dan un corazón libre. No nos quedemos fijos mirando al cielo, Jesús que asciende, victorioso, nos preguntará un día qué hemos hecho del amor que Él nos dejó.

A la Virgen de la Caridad confiamos los frutos de esta visita, que no deben ser otros que la comprensión, el acercamiento y la solidaridad en el amor entre todos los cubanos.

Que Nuestra Señora de la Caridad del Cobre bendiga a nuestro pueblo.